

que sólo el «lenguaje de los místicos sugiere el estado de la visión facial, ... ya que el acto de libertad absoluta y las palabras “mueren” en la *Palabra*». (p. 197).

El libro del Dr. Caturelli resulta una síntesis muy lograda, a partir de estas reflexiones que nos ha brindado en cinco meditaciones, para un tema tan amplio como el de la libertad. Recomendamos su lectura y apreciamos que ha de contribuir a provocar en otros nuevas reflexiones sobre el mismo tema, tan significativo para la vida de los hombres de ayer como de hoy.

Guillermo E. Spiegel

RAIMONDO CUBEDDU, *Atlante del liberalismo*. Ideazione Ed. Roma 1997. ISBN 88-8612-27-2. 165 páginas.

Raimondo Cubeddu, de quien hemos reseñado otros libros, es profesor de la Universidad de Pisa. La obra que consideramos ahora es un verdadero atlas actualizado del liberalismo, muy útil para llegar a entender de qué se está hablando cuando salen a colación sus diversas formas, en un momento en que no sólo ha cambiado el atlas político del mundo, sino también el de sus ideas.

El libro de Cubeddu es interesante por sus dos partes. En la primera, capítulos 1 y 2, hace una cuidadosa caracterización del liberalismo clásico, que es la corriente troncal a la que Cubeddu adhiere. En el capítulo tercero describe y hace una apreciación acerca de otras formas actuales como los *liberals* y *libertarians* de Estados Unidos, los anarco-capitalistas utilitaristas y iusnaturalistas, los minarquistas, los individualistas radicales, los objetivistas que siguen a Ayn Rand, el socialismo liberal y el liberalismo italiano. Se trata de un quién es quién en el liberalismo y de su distinción de las posturas conservadoras. Este esfuerzo puede resultar muy benéfico en países como el nuestro donde muchas veces se recurre al simple expediente de calificar a una postura de liberal sin saber bien de qué se trata ni la postura ni el liberalismo. Esta atención a la precisión es dispensable para cualquier diálogo. Esta reseña no ahorrará el trabajo de leer el libro, pero procurará señalar algunas ideas centrales del mismo.

El liberalismo —si no hacemos ninguna precisión, nos estamos refiriendo al liberalismo clásico: Locke, Montesquieu, Mandeville, Hume, Smith, Kant, von Humboldt, Hayek, Buchanan— es la teoría de la modernidad acerca del mejor régimen político. El enfoque clásico poseía una noción de libertad enmarcada en las virtudes, cuyo ejercicio general en busca de la vida buena constituye la mejor forma política. Para el liberalismo, en cambio, esta última se obtiene mediante un crecimiento en las posibilidades de elección individual, con un concepto de libertad desconectado de unas virtudes y bienes objetivos. Es decir, mientras que el pensamiento clásico reconoce una idea del bien y una capacidad de conocerlo, o, al menos, atisbarlo, el liberalismo se pone de espaldas a la cuestión del bien, que ahora consiste en la máxima autonomía individual. Se enmarca claramente en el agnosticismo moderno.

El carácter peculiar del liberalismo clásico, señala muy bien Cubeddu, consiste en una íntima relación entre el mercado y las instituciones políticas. Otro rasgo definitorio es su carácter de teoría y praxis para el control y reducción del poder del estado. Para el liberalismo hay una desigualdad natural que es compensada por la *Rule of Law* o igualdad ante la ley, que defiende a los individuos del estado. La libertad humana es consecuencia de la

desigualdad natural. Dados estos factores, se hace necesario el individualismo metodológico, es decir, una interpretación individualista para el estudio de las instituciones sociales. Entre la libertad y la necesidad de un orden, aparece el liberalismo con una serie de reglas —nomocracia— que surgen de un modo espontáneo, no telocráticamente. Se trata de averiguar cuáles normas son las imprescindibles para evitar las consecuencias imprevisibles o no deseadas de las acciones libres. En tanto se mejore el conocimiento, dichas consecuencias serán mejores, por una especie de tendencia a imitar la conducta exitosa. Del mismo modo que, en el mercado, el desarrollo y conocimiento de las acciones subjetiva conducen al orden, así sucede también en la sociedad. Se trata de un orden que surge, no de un ordenamiento que se impone. La combinación *catalaxis* (mercado)-política, o la consideración del marginalismo como teoría de la acción, conducen a un orden autogenerado. Este liberalismo tiene su origen en la teoría del derecho natural racional. Surge como superación de la crisis del *ordo christianus* que, según dice Cubeddu, ya no puede fundar su derecho natural en la Revelación —el autor señala erróneamente que esto es lo que hace Santo Tomás de Aquino (p. 133)— y de la cosmología ptolemaica. Visto lo anterior, el liberalismo trataría de conciliar la solución clásica del problema del orden, con el valor de la responsabilidad individual, propio de la tradición cristiana. Acá Cubeddu da un paso en falso, puesto que la solución clásica y su concepto de libertad no disminuyen sino que, aún más, refuerzan, la responsabilidad individual.

En cuanto a la segunda parte del libro, el quién es quién, Cubeddu nombra en primer lugar al ya explicado liberalismo clásico y lo distingue acertada y cuidadosamente de las otras formas, ante todo, de la democracia, la que recurre al poder para conseguir la realización de la libertad, en una conducta que no es nada liberal. Los *liberals* son un conjunto de pensadores que responden a la tradición democrática norteamericana y socialdemócrata europea, que se hacen fuertes con el *New Deal*: Mill, Dewey, Hobhouse y Rawls. Desde que se proponen el logro de un objetivo ético-político, son claramente no liberales en sentido clásico. En cambio, los *libertarians* son más afines al liberalismo clásico. Se trata de un ala radical y consecuente de dicho liberalismo, que lleva la defensa de la libertad individual y la negación del Estado hasta sus últimas consecuencias. A su vez, pueden distinguirse varias ramas en los mismos, con pensadores como Nozick, Rothbard, David Friedman y Ayn Rand. Luego, Cubeddu establece las diferencias entre el liberalismo y el conservadurismo, que es un sistema telocrático, no nomocrático evolucionista, como el liberal.

Finalmente, en las conclusiones, el autor reconoce los límites del liberalismo. La división de poderes no asegura el control del poder. El deseo de resultados ciertos conduce a la delegación de acciones al Estado. La distinción entre la esfera privada y la pública no es real y hasta los más recónditos actos privados tienen efectos públicos e inversa. Termina admitiendo que «no es cierto que el modelo cataláctico de la acción humana y del nacimiento de las instituciones sociales sea la solución para defender la libertad individual de los abusos de quienes detentan el poder. Sin duda es la mejor, pero no resuelve completamente el problema» (p. 145, cursiva en el texto). La tradición liberal, concluye, tanto en su variante clásica como en la libertaria, son aún, comparativamente, las soluciones mejores (p. 146).

Se podrá o no disentir de estas afirmaciones por cierto lógicas en un autor liberal, pero no se podrá negar que la contribución de un libro tan claro, documentado y actualizado es muy útil y merece nuestro agradecimiento.